

A la gloria de Ravel

Por Roland Manuel

Roland-Manuel, su discípulo predilecto y su más asiduo biógrafo, ha consagrado un nuevo libro a la gloria de Ravel, en la colección de la "Nouvelle Revue Critique" que lleva este título general de "A la gloria de..." Por otra parte, "La revue musicale" ha realizado un espléndido homenaje al ilustre compositor, en su número extraordinario del pasado diciembre; esta entrega de la revista es un denso libro de casi trescientas páginas, en que las principales figuras de la música moderna explican la obra y dicen su admiración por Mauricio Ravel; lástima que muchas de las colaboraciones de esta edición tengan más valor por el prestigio de la firma que por el contenido, elaborado las más de las veces de carrera; no faltan, sin embargo, estudios muy interesantes de los intimos de Ravel, y de sus principales intérpretes; éstos en forma de crítica sobre determinado aspecto de la obra raveliana, o de recuerdos personales llenos de sabor.

El hecho es que la gloria de Ravel, firme desde los comienzos de este siglo, se ha acre-

centado desde su muerte; conoció la popularidad en los últimos años, gracias al deslumbrante Bolero, que está muy lejos de ser la mejor de sus creaciones. Curiosa popularidad la de este artista de selección, si lo hay, refinado, quintaesenciado, sublimado, macerado en las más severas disciplinas del buen gusto y de la medida.

Mauricio Ravel vivió su discreta soltería rodeado por sus pocos amigos reales, y alejado adrede de los importunos. Emulo de Debussy, no por temperamento ni de propósito, sino por el querer de los cazadores de analogías, y sin duda influido levemente en sus comienzos por Claudio de Francia, bien pronto se desprendió de la bruma debussysta la personalidad, firme y claramente contornada de Ravel, surgida de la más pura arcilla estética. Nadie lo definió mejor que él mismo, cuando al referirse a las críticas unánimes por su arte rebuscado y conceptuoso, dijo: "—Pero, ¿no es posible ser artificioso por naturaleza?"

Pocos artistas como Ravel han sabido contener la emoción desbordante, impedir el libre

curso del sentimiento cuando ya iba a volverse sentimentalidad; naturalmente, se le llamó frío y seco; seco fue, por naturaleza y por sistema, pero con un hondo fuego interior inextinguible. Y clásico, si por ello entendemos economía de medios y despuración de accesorios, poda de trivialidades y apartamiento de lo superfluo. Economía, no sólo en los medios técnicos, (instrumentación) sino también, y ante todo en el discurso musical, breve y exprimido como en pocos músicos. Como César Franck (y esta es quizás su única semejanza con maestro tan remoto de él en su estética) Ravel dejó generalmente una obra en cada una de las formas musicales que acometió: un trio, un cuarteto, una sonata para violín, etc. Pero todas obras maestras. Articioso por naturaleza, como ya anotamos arriba, Ravel vivía el mundo misterioso de las ficciones teatrales y de los cuentos infantiles; pero antiteatral por sobre todo, huyó siempre de las efusiones dramáticas; lo que nos queda de su obra lírica pertenece a la comarca hipotética de los ballets y de los títeres. Roland-Manuel insiste con frecuencia sobre este carácter específico de Ravel. Como discípulo comprensivo, su biografía no es un ditirambo, que tal cosa hubiera repugnado al discreto Ravel, sino una reseña simple de su vida simple y sabia, y un claro análisis de sus más grandes obras.

Aunque muerto hace muy poco (28 de diciembre de 1937), es-

te maravilloso músico es ya de la historia del arte, y carece de epígonos y de secuaces que muevan a los críticos a encasillarlo en esta o aquella escuela o facción; los que, por rutina y por indolencia, lo llaman impresionista, yerran grandemente, como que esta calificación de procedencia pictórica no puede acomodarse ni remotamente a quien hizo de la nitidez y de la precisión su credo permanente; puede decirse hoy que Ravel es Ravel, que tiene vida propia entre los grandes maestros de la composición musical.

Ravel murió de inteligencia; el analista perspicaz, el certero alquimista de ritmos y de armonías, sintió, unos años antes de su muerte, que los agentes motores no obedecían a su voluntad, que la palabra salía torpe y que la escritura menuda y firme vacilaba sin motivo aparente; falló también la memoria, y sólo quedó, a veces, la inteligencia purísima pugnando por vencer la intolerable abulia de la carne. Un lustro luchó Ravel con las penas intelectuales. Su último legado fueron los dos conciertos para piano, escritos simultáneamente, uno de ellos, por excepción en su obra, de carácter trágico; escrito para la mano izquierda, por solicitud del pianista mancebo Paul Wittgenstein, de Viena, es el penúltimo adiós a la vida de Mauricio Ravel; el último son sus canciones a Dulcinea, despedida a la España que tanto amó, y que nunca traicionó con las falsificaciones de uso.

Un descuido caligráfico de al-

gún antepasado cambió providencialmente el inocuo "Ravet" originario, por el "Ravel" musical del cual los alemanes dedu-

jeron sagazmente un imposible origen judío del compositor de tres exquisitas melodías hebreas.
Otto de Greiff

«Pasado y presente del Indio» Por Antonio García

Agil la pluma para respirar, abierto el corazón para sentir, pronta la voluntad para poder, Antonio García a cruzado por el paisaje exuberante —oro y verde— en que el poncho de colores completa la bandera de fatiga, de ultraje y vencimiento del indio ecuatoriano, que bien entraña al aborigen de todo el Continente.

Ahora, después de haber respirado ese ambiente y de traer el corazón teñido por los colores de esas tierras, yo también he comprendido y he sentido lo que es nota distintiva, aunque exagerada sin duda, de la nueva literatura ecuatoriana: el temblor social. Temblor, incomformidad, pasión que el artista en su afán de transmitir al mundo, nos presenta en obras que en ocasiones no son sino carteles y proclamas y puños amenazantes que se levantan en defensa del indio.

Así, he comprendido en grito lírico, en relato apasionado, en ruego musical y en arrebatado de formas y colores, a través de las manifestaciones artísticas del Ecuador, el mensaje de los nuevos.

Antonio García que es voluntad y pulso de la tierra ameri-

cana ha sumergido su corazón y su pensamiento en la realidad, en la historia y en el arte de ese pueblo para desentrañar el sentido del pasado y el presente del indio americano.

La aguda observación sociológica y la crítica literaria se enlazan en las páginas de su libro para señalar el contorno del problema indígena por medio de la visión directa y de la experiencia simple o bien desnudando los personajes extraordinarios de la "literatura herioca" hasta encontrar la realidad humana.

Las páginas de Antonio García no son el contenido de una tesis doctoral, ni obedecen a la improvisación, sino que se inspiran en el anhelo desinteresado de contribuir al esclarecimiento del proceso secular indígena en que se funda toda la cuestión social de América.

Desde un ángulo opuesto reconozco en este escritor una de las más firmes realidades en el panorama intelectual de Colombia. Sabe como ninguno la gravedad del desequilibrio económico americano, las deficiencias de la economía nacional, lo que significa la repercusión de la crisis mundial y ante la deso-